

de Dios está dando testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y siendo hijos somos tambien herederos: herederos de Dios. (1) Ahora bien, la gloria de los hijos son sus padres; (2) y por lo mismo, si nuestro Padre es santo, infinita y adorablemente santo, si los cielos y la tierra están llenos de los testimonios de su gloriosa y divina santidad; ¿cómo pudiéramos no entrar en el gozo de nuestro adorable Dios, á quien todas las criaturas una y otra vez alaban y bendicen con esta tiernísima cancion: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos?

Ese Padre divino á quien amamos, parece cubrirnos con su propia santidad, y quiere vestirnos con precioso y espléndido ropaje, cuando nos dice: Sed santos por que Yo soy santo. [3]

Cierto es que el Divino Salvador dijo á los judíos: Si sois hijos de Abraham, obrad como Abraham; y que nos dice á todos: Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto; [4] y tambien es cierto que al pensar en nuestras propias obras nos llenamos de vergüenza y confusion; mas sin embargo, sabemos que el Señor es indulgente y compasivo, y lleno de muchísima clemencia; y por esto ponemos en Él nuestra confianza; y aunque llenos de miserias y pecados, clamamos á su gran misericordia pidiendo que nos dé la santidad y la justicia, para ser puros y sin mancha en su presencia, pues para esto fuimos escogidos por Él mismo, ántes de la creacion del universo. (5)

Somos hijos adoptivos del Señor; si lo somos, somos tambien herederos; ¿cuál es la herencia que recibimos

(1) Rom. VIII, 15, 16, 17. (2) Prov. XVII. 6. (3) Levit. XIX. 2. (4) Joann. VIII. 39.—Matth. V. 48. (5) Ephes. I. 4.

del Señor en este mundo? Dios nos ha dado las grandes y preciosas gracias que habia prometido; para hacernos partícipes por medio de estas mismas gracias, de la naturaleza divina, huyendo la corrupcion de la concupiscencia que hay en el mundo, poniendo todo nuestro cuidado en juntar con la fe la fortaleza, con la fortaleza la ciencia, con la ciencia la templanza, con la templanza la paciencia, con la paciencia la piedad, con la piedad el amor fraternal, y con el amor fraternal la caridad..... y esforzándonos más y más para asegurar nuestra vocacion y eleccion por medio de las buenas obras. Y de este modo se nos abrirá de par en par, la entrada en el eterno reino del Señor. (1) ¿No es ésta la más elevada perfeccion, la más sublime y pura santidad? y tanta grandeza, y tan preciosos dones, y esa inefable é incomprendible participacion de la naturaleza divina, ¿no inundaria en torrentes de dulcísima ventura nuestras almas?

La santidad de Dios es por lo mismo, para nosotros, no sólo un objeto de la más profunda y humilde adoracion; tambien lo es del más cumplido y soberano gozo, una gloria anticipada, una herencia inestimable y preciosísima que recibimos en la vida de manos de nuestro divino y amoroso Padre. Acá en el mundo suelen los hijos recibir la herencia cuando sus padres mueren, y por lo mismo es precedida, sin poderlo remediar, de funesta y amarga desventura; mas en la que el Señor nos da, no pasa esto: vive y para siempre vivirá nuestro querido Padre; riquísimo de bienes, que con liberal y generosa mano reparte á sus amados hi-

(1) I. Petr. I. 4, 7, 10, 11.

Padre Felipe Castañon

jos.

Debemos imitar á nuestro Padre en su elevada y admirable santidad. Este pensamiento es un motivo de nuevo y santo gozo; en efecto, puesto que es nuestro modelo, tenemos que traerlo siempre delante de los ojos, que pensar en Él continuamente; que escuchar su amorosa y dulce voz, é ir buscando en todas partes su adorable voluntad para cumplirla, procurar, en fin, en todos nuestros actos, darle gusto: y ¿puede haber, acá en el mundo, mayor felicidad? ¿dónde están, al lado de ésta, los placeres y delicias de la tierra? ¿dónde aquella serenidad y amable sencillez que constituyen la paz del corazón? Andar con Dios, pensar en Él, cumplir su voluntad son las verdaderas fuentes de la vida, del consuelo, y de la gloria de los hombres; fuentes abiertas en el alma bajo la influencia de la infinita santidad de Dios. Bebamos en ésta misma, la pureza, la inocencia, y todas las virtudes que formando una bellísima guirnalda, se cambie allá en la eternidad, en inmortal corona que ciña nuestra frente, corona de oro, donde esté grabado el sello de la santidad, ornamento de gloria, obra primorosa, que con su belleza lleva tras sí las miradas. (1)

§ II.

Dios es uno: así nos lo enseña la fe, la razón y el sentimiento.

Oye Israel, decía Moises, el Señor Dios nuestro, el Señor es uno. Ved, decía el Señor, que Yo soy solo y no hay otro Dios fuera de Mí. [2] No hay otro, en e-

(1) Ecci. XLV. 14. (2) Deut. VI. 4.-XXXII. 39.

fecto, fuera de Él. Ni quien ántes que Él haya sido formado; ni despues de Él lo será ninguno. (1) Dios es singular por su esencia, y por lo mismo es uno, pues lo realmente singular, es tambien incomunicable. Él es el Sér que existe por su propia esencia; está es el mismo sér; y por tanto, la singularidad corresponde á la divina esencia. (2) Mas el sér que es singular por su esencia, no puede multiplicarse. (3)

Dios es infinitamente perfecto; y por lo mismo, no puede ser sino uno, pues dos séres no pueden existir en esa plenitud de perfeccion, porque alguna diferencia tendrian entre sí mismos, la cual necesariamente debia de ser alguna perfeccion; puesto que en Dios no cabe sino ésta; y por tanto, el que de ella careciese, no sería Dios. (4)

Dios es el Sér necesario, eterno, infinito, sumamente bueno, y por esto uno solo. Si hubiese dos ó más dioses, serían ó iguales, ó superiores unos, y otros inferiores; y todo esto destruye por completo la nocion de Dios. ¿Son iguales? Entónces ¿dónde está el supremo Sér? ¿son entre ellos mismos diferentes? En éste caso sólo será Dios el que en todo exceda á los demas.

Si Dios no es uno, Dios no existe, porque Él es infinitamente grande, lo cual no fuera si existiese otro igual en la grandeza. (5)

Dios es perfecto y carece de principio y fin, y ya contemplemos su bondad ó su poder, es sempiterno, incircunscripto; y no siendo uno ¿en dónde existiría la

(1) I. Reg. II, 2.-Isa. XLIII. 10. (2) Gotti. hic. a. I. (3) Billuart, hic. (4) Id. (5) Tertull, L. 1. cont. Marc. c. 3. ap. Perrone.

perfeccion de que tratamos? La diferencia entre unos y otros dioses sería también la negacion de la bondad, el poder ó la sabiduría, relativamenté en cada uno, y entre ellos no estaría el supremo Dios. Si se niega toda distincion vendrá la identidad, y tendrémós sólo un Dios. (1)

Dios es el sumo bien, y el fin último, y por lo mismo, es uno; pues repugna que existan dos bienes sumos, y dos últimos fines: ese bien sumo y fin último deben llenar todos nuestros deseos de tal manera que, nada fuera de ellos tengamos que apetecer. Todo se refiere al último fin; mas él no puede referirse á nada: todos los bienes se contienen en el sumo bien; y él no es contenido dentro de alguno. Por esto si Dios es el último fin, el bien supremo, ni es ni puede ser, sino uno solo. (2)

Dios es uno: así nos lo enseña el corazón: todos aspiramos á una dicha consumada y perfecta: esta se cifra en la contemplacion de la infinita belleza, y en el gozo del amor eterno; mas sin la unidad de Dios es imposible semejante dicha, pues entónces no sería infinita la belleza del Señor, ni dejaría su amor satisfechas nuestras almas. Dios es uno, y aparece luégo incomparable é infinita su belleza: es Dios uno, y el corazón del hombre se sumerge en un piélago también infinito, de amor y eterna dicha.

La paz huiría por siempre del corazón de los mortales si hubiera dos seres que fuesen nuestros dioses: queremos suponerlos en todo iguales, perfectos y llenos de bondad hácia nosotros; tendríamos entónces que dividir nues-

(1) D. Damasc. L. 1. De. Fide. Orth. c. 5. (2) Gotti, hic.

tro cariño, dando la mitad á cada uno; ¿podríamos tener paz? ¿seríamos siempre fieles, dando á cada cual la medida exacta del amor que les debíamos? Y no haciendo esto, ¿dejarían de venir sobre nosotros la indignacion de aquél que hubiera sido ménos estimado? Y aún prescindiendo de esto, intereses tan vitales como son los del amor del Sér supremo, divididos entre sí no siendo Dios tan solo uno, ¿podrían estar de acuerdo? El amor todo lo quiere para el amado, lo sacrifica todo por darle gusto; y cuando por fuerza extraña es detenido, sufre un horrible martirio, el cual aumenta cuando nace aquélla fuerza en nuestro mismo pecho; y esta es precisamente la triste situacion de nuestras almas si estuviera su cariño dividido porque Dios no fuese uno: seríamos semejantes á Rebeca que llevaba en su seno dos niños que luchaban entre sí causándole grandísimos dolores. Esos niños son dos naciones, le dijo Dios, á quien ella consultó, y dos pueblos que saldrán divididos desde tu seno. (1) El anuncio se cumplió perfectamente, y los idumeos y los judíos fueron siempre naciones enemigas, sin embargo de tener un mismo origen. Ved allí, pues, lo que pasaría en el hombre: incesante y desastrosa guerra; pero nunca su alma tendría la paz y la concordia.

Desgraciadamente pasa en nosotros algo parecido á lo que vamos contemplanando, cuando dividimos nuestro amor entre Dios y las criaturas; y esto nos indica cual fuera la triste desventura que tendríamos que llorar, si Dios no fuese uno. Cuando negamos al Señor todo el amor que nos exige queriendo dar al mundo alguna

(1) Gen. XXV. 22, 23.

parte, ni tenemos el gozo y los consuelos que Él derrama en las almas de sus fieles servidores; ni el amor del mundo nos produce sino inquietud y amargo desazon.

En tan penosas circunstancias nos arrojaríamos por fin, en brazos de uno de los seres cuya existencia venimos suponiendo, tomándole por nuestro Dios, y rindiendo á su grandeza, la más santa y humilde adoración: esto, sin embargo, no haría felices jamás, nuestras almas; ¿cómo acallar la voz de la conciencia que tendría que reprendernos conducta semejante? pues siempre es amable la bondad, y nosotros habríamos quebrantado este precepto, al consagrarnos á sólo uno de los seres que exigían nuestro amor y sacrificio.

Tampoco nuestro afecto podría derramar sus efusiones sin medida, y sin tener en ellas motivo alguno que pudiese contristarnos: si tendíamos á lo lejos nuestra vista, podíamos descubrir los confines del imperio de aquél Dios que habíamos escogido; y más allá de los confines dichos, ni podría mandar, ni ménos recibir alabanzas de hijos que allí no encontraría: porque era aquella una región extraña, sujeta al dominio de otro Dios, que no era el que nosotros habíamos escogido. Y ¿por ventura, no es la dicha del puro y santo amor, la gloria, la grandeza y el absoluto y soberano imperio de aquél á quien amamos sobre todo? Veríamos, penetrados de grandísimo dolor, los estrechos límites del territorio, por decirlo así, donde mandaba nuestro Dios. ¡Cuántas veces volaríamos con el pensamiento á registrar las ciudades y los reinos del Dios cuyo imperio terminaba las fronteras de nuestras regiones, creyendo descubrir maravillas y grandezas de que carecíamos, imaginando una ventura que nunca había existido entre nosotros! acaso intentaríamos pasarnos al servi-

cio del Dios abandonado; y de todas maneras, aunque así no lo intentásemos, no tendríamos paz, sino perpetua y triste agitación, deseos continuos, nunca satisfechos, que nos harían llevar con pena y amargura, las cadenas que nosotros mismos habíamos echado á nuestro cuello. ¿Se pagaría nuestro Dios, de un servicio semejante? De ninguna suerte; y entónces, sin su amor, y llenos de inquietudes llevaríamos á todas partes con nosotros, la desgracia.

Si despues de esto contemplamos la unidad santísima de Dios, ésta se nos presenta resplandeciente de belleza, y arrebatando con dulcísimo atractivo, el corazón. Desaparecen al pensar en ella, las tristezas y amarguras, el remordimiento, y las penas que hemos mencionado, al suponer la existencia de un principio doble y soberano. Dios es uno, y su santísima unidad es perfecta y eterna; fuera de Él no existe nadie, ni jamás podrá existir sér alguno que con Él divida, el imperio de todas las cosas, ni á quien debamos dar la mitad de nuestro amor; todo éste habrá de emplearse en el inmenso y adorable Dios que es uno por su esencia: á Él volveremos nuestros ojos; por Él suspiraremos de continuo, y en su divino seno el alma tendrá que derramar todo su afecto; y gozaremos profunda y santa paz, dulcísimo consuelo, inefable y consumada dicha: todas nuestras potencias descansarán en el Señor; entre ellas no hallaremos división alguna, pues se ocupan en el solo Dios eterno y verdadero. Todos los deseos del corazón serán enteramente satisfechos, al beber sin tasa, la dulzura y el contento, en la fuente misma de las eternas delicias del Señor, en quien está, dícenos David, la fuente de la vida, y en cuya luz, veremos la luz